

SIGAMOS CON BALMES

Creo, lector amigo, no te habrán disgustado los párrafos tan sustanciosos que de la obra inmortal del no menos inmortal Jaime Balmes, copiaba en mi último artículo. Comida exquisita de riquísimo sabor son cuantas ideas estampara en sus obras el joven y malogrado filósofo de Vich, las que, lejos de causar empacho, cuando se las toma en grandes cantidades, dan fuerza y vigor a la mente. Por ello la repetición de tales manjares, lejos de cansar, abre, por así decirlo más el apetito, y leyendo sus obras jamás dice uno basta, sino que pide más y más, terminando quien lo lee por lamentarse de que muriera tan joven y sin dejar escritas más obras, que a buen seguro hubieran sido tan buenas, si no mejores, que las que escritas no dejó.

No habrás, por ende, de maravillarte si yo quiero con feccionar otro, o, tal vez, otros artículos con las luminosas y clarísimas ideas político-religiosas que en su "Protestantismo" nos legó acerca del origen del poder civil, y acerca de la TESIS CATÓLICA DE ORIGEN DIVINO de ese poder.

"El que dijo que el linaje humano tenía perdidos sus títulos y Rousseau los había encontrado, me parece que no debió de fatigarse mucho en examinar, ni los verdaderos títulos del linaje humano, ni los apócrifos producidos por el filósofo de Ginebra en su "Contrato Social". En efecto: poco falta, si no puede decirse, que el linaje humano tenía sus títulos muy buenos y reconocidos por tales y Rousseau se los hizo perder. El autor del "Contrato" se propuso examinar a fondo el origen del poder civil; y sus desalentadas doctrinas, lejos de aclarar la cuestión, no han hecho más que embrollarla".

Ni quien dijo lo del encuentro de los papeles y títulos, ni otros muchos escritores del pasado y del presente siglo se fatigaron jamás, como dice muy bien el filósofo catalán, en examinar, ni los títulos verdaderos de la humanidad, ni las premisas siquiera de sus tesis. Ha venido a ser una cuasi costumbre entre los enemigos de las doctrinas tradicionales, máxime si se trata de doctrinas católicas, dogmatizar sin prueba alguna. ¡Buenos están los Alglipays, los Sottos y demás hierbas de la misma familia anticlerical, para examinar a fondo cuestión alguna de cuantas "estropean con sus plumas"! ¡A lo más harán un chiste de peor o de malísima clase! Y nada digamos de los "hombres-cumbres" de la llamada "generación que se levanta" y que a mí se me figuró siempre "generación que se acuesta" muy ricamente en el regazo de la indolencia científica y moral, sin tomarse nunca la molestia más que de afirmar por afirmar y por que sí. Que les pidan a esos "hombres-cumbres" una demostración filosófica de sus teorías políticas y vereis, lectores amables, como, lejos de contestar, se contentan con reír desdeñosos mirando por cima del hombre a quien fuera osado a meterse con ellos. Todavía están por contestar los retos lanzados en esta misma Revista a los "dos grandes exponentes" del "liberalismo" doctrinal en Filipinas, Pardo de Tavera de los de la "generación moribunda" y Camilo Osias de los de la "rising", que se me va figurando ya algo diferente de "rising".

Sucede, con frecuencia, a la gran mayoría de los que escriben contra el origen divino del poder civil, lo mismo que decía Balmes sucedía con Rousseau: "Se propuso examinar a fondo el origen del poder civil; y sus desalentadas doctrinas; lejos de aclarar la cuestión, y no ha hecho más que embrollarla". ¡Todo eso tendremos que agradecer a la "nueva ciencia" y a sus "grandes lumbreras"!

Ni se crea que el mal sea de ahora. Es ya antiguo y

si a Balmes hemos de creer data yá de algunos siglos.

"Yo creo que de algunos siglos a esta parte jamás se habían tenido sobre este importante punto ideas menos claras que ahora. Las revoluciones han producido un trastornotorno en las teorías como en los hechos; los gobiernos han sido revolucionarios o reaccionarios, y de la revolución o de la reacción se han empapado las doctrinas".

Si esto podía con toda verdad asegurar Balmes en su tiempo, o sea hace setenta años; ¿que no se podrá decir hoy? Por los años en que él escribía las revoluciones no se sucedían con la rapidez vertiginosa con que se suceden en los nuestros en los que vivimos en plena revolución, no ya en el orden político si que en todos los otros órdenes, empezando en el literario y finalizando en el teológico.

Y si en parte alguna se ha dejado sentir la revolución religiosa es ciertamente en nuestra patria. En menos de veinte y cinco años se ha operado aquí una tal revolución en ideas, usos, costumbres y lengua que sería difícil para nuestros antepasado reconocer a sus nietos en esos jovencuelos vestidos a la última moda, y con el entendimiento "cortado" según los últimos estilos científicos importados de la nueva metrópoli, donde tampoco anda muy humillada la revolución.

Consecuencia inevitable de ese cambio tan brusco y de esa revolución ideológica ha sido la confusión espantosa en que se mueven la mayoría de esos jóvenes nacidos y criados a la sombra y con la leche malsana de sus doctrinas. Los cauces educacionales por los que antes corría en abundancia el agua saludable de las doctrinas tradicionales, que son siempre las más seguras, se han dejado secar para abrir otros nuevos, que, partiendo de los centros culturales yanquis, van llenándose de doctrinas cuyo origen y raíz está en las revoluciones filosóficas, científicas y religiosas. Esas doctrinas nuevas van regando día tras día los cerebros mejor organizados de nuestra juventud y los van empapando en nuevas ideas, cuyo valor científico, moral y social está aun muy lejos de haberse demostrado.

"Es sobremanera difícil, continúa Balmes, el adquirir por medio de los libros modernos un conocimiento claro, verdadero y exacto sobre la naturaleza del poder civil, su origen y sus relaciones con los súbditos: en unos encontraréis a Rousseau en otros a Bonald; y Rousseau es un minador que zapa para derribar; y Bonald es héroe que salva en sus brazos los dioses tutelares de la incendiada ciudad: temeroso de la profanación los lleva escondidos con un velo". Si tal sucedía en tiempo de Balmes, cuando aun no había cundido el "sarrampion" escriturario y el prurito de decir a todo el mundo lo "que no se tiene en la cabeza" ¿qué no sucederá en los nuestros, cuando jovencuelos que no han terminado el bachillerato se meten a dogmatizar sobre materias tan arduas y de tan difícil solución? ¿Qué será ahora que se escribe de cuanto no se sabe por el gustillo único de meter baza en todo y de definirlo todo y de "iluminarlo" todo con las apagadas luces de un entendimiento en flor, cuando no en capullo?

Decíamos en nuestro primer artículo que en el campo de la ciencia política reina una confusión espantosa, al par que de ellas se ensoñorea un dogmatismo ridículo. Balmes viene a decirnos lo mismo en las líneas anteriormente transcritas y cuya meditación recomendamos muy mucho al lector, quien con ellas tendrá algo sólido que rumiar hasta que con nuestras charlas insulsas vengamos otra semana a sacarlo de sus meditaciones.

FILADELFO.